

1 de julio de 2022: viernes de la 13ª semana (año par)

[Amós 8:4-6, 9-12; Mateo 9:9-13](#)

### Homilía

En su respuesta a los fariseos que se escandalizaban porque comía con recaudadores de impuestos y pecadores, Jesús cita explícita y literalmente una palabra que el profeta Oseas había puesto en boca de Dios: "Quiero amor, no sacrificios, el conocimiento de Dios más que holocaustos" (Oseas 6:6). (Oseas 6:6). Por eso la primera lectura no es el texto de Oseas donde se encuentra esta palabra, sino un texto similar del profeta Amós, donde Dios muestra que todos los sacrificios que se le pueden ofrecer no le interesan, si no mostramos atención y amor por sus hijos.

Reducir la Alianza con Dios a un contrato bilateral de carácter moralista había sido una de las tentaciones más fuertes del pueblo de Israel. La relación con Dios se reducía fácilmente a una serie de gestos rituales por los que se compraba la buena gracia de Dios, y la religión tenía poco que ver con la práctica de la justicia y aún menos con el amor y la misericordia. Aunque los profetas, especialmente Oseas y Amós, hablaron en contra de esta actitud, fue exactamente la de los fariseos que vieron a Jesús comer con Mateo y los demás publicanos.

La comunidad cristiana siempre ha estado sometida a la misma tentación. Tal vez sea una tentación particular de los que quieren ser y llamarse "religiosos". Suponemos fácilmente que una vez que hemos sido fieles a todas las ceremonias y observancias que nos prescribe la ley de la Iglesia o nuestras propias reglas, nos hemos ganado algún derecho a la salvación. Una vez más, Jesús nos recuerda que todas estas prácticas no tienen otra finalidad que expresar nuestro amor a Dios, un amor que no puede existir si no se encarna en el amor al prójimo; y que si este amor no existe, todas nuestras observancias y ritos son vanos y carecen de sentido. El Señor no lo quiere.

El descubrimiento del amor gratuito de Dios es siempre la llamada a la conversión. La descripción de la llamada y la conversión de Mateo en el breve relato que acabamos de leer es grandiosamente sencilla. Matthew está sentado. Es, en efecto, un hombre bien asentado. Tiene un trabajo que le aporta riqueza, bienestar material y poder, aunque le haga ser considerado un pecador por los fariseos. Jesús no le da un largo discurso o una larga demostración. Simplemente le dice, de pasada: "Sígueme". Y lo extraordinario es que este hombre, "sentado" y bien acomodado, "se levanta" y le sigue,

ciertamente sin saber a dónde va ni a dónde le llevará.

Un poco más tarde, "mientras Jesús estaba sentado a la mesa en su casa", muchos recaudadores de impuestos y pecadores vienen a sentarse a la mesa con él y sus discípulos. En el Evangelio de Mateo (por ejemplo, 9,28; 13,1. (En un relato paralelo en Lucas, donde el publicano se llama Leví, es Leví quien da un banquete; pero no es seguro que Leví y Mateo sean la misma persona). Además, no se dice ni se da a entender que todos estos recaudadores de impuestos y pecadores se convirtieran, como Mateo, y se hicieran discípulos de Jesús. No; simplemente están allí, y Jesús no tiene ningún problema en compartir una comida con ellos. De este modo, Jesús muestra que rompe todas las barreras que la gente ha establecido entre ellos. Y para subrayar el hecho de que todas estas barreras están hechas por el hombre y no por Dios, manda a los fariseos a la escuela: "Vayan y aprendan lo que significa este dicho (de Oseas): 'Quiero misericordia, no sacrificios'.

Siempre necesitamos volver a escuchar esta lección de Jesús, tanto individual como colectivamente. Porque siempre existe la tentación de construir un cordón de seguridad a nuestro alrededor para separarnos de todos aquellos que consideramos inferiores o "menos buenos", por sus ideas, su religión, su cultura o simplemente su profesión.

Tengamos cuidado de no desvincularnos de aquellos a los que Jesús vino a llamar.